

# Entre la utopía y el conflicto

Manuel Revuelta González

*Javier Burrieza es buen conocedor de la historia de la Compañía de Jesús en España, tanto en trabajos monográficos, como en visiones panorámicas de alcance general. Jesuitas en Indias es una visión panorámica que desarrolla y completa la que este autor escribió hace unos años en el libro Los jesuitas en España y en el mundo hispánico. Ambas síntesis son obras meritorias, dentro de su género, porque recogen el fruto de una investigación previa, realizada en fuentes, archivos y bibliografía actualizada, a la que se añade una interpretación ponderada, ajustada siempre a los contextos históricos, y una agilidad expositiva, que despierta el interés del lector.*

Presentada en su momento la obra anterior<sup>1</sup>, la que hoy presentamos<sup>2</sup> se puede considerar como una síntesis completa, pues abarca el conjunto de los «trabajos y misiones de la Compañía de Jesús en la América Moderna», como reza el subtítulo del libro. Es evidente que 600 páginas no permiten decirlo todo, y obligan a seleccionar la materia, y a trazar, a veces, rápidos esbozos de temas muy complejos. Sin embargo, dentro de los límites de una síntesis, el libro llena los grandes espacios cronológicos y geográficos.

<sup>1</sup> T. EGIDO (Coord.), *Los jesuitas en España y en el mundo hispánico*, Madrid, 2004, Ed. Marcial Pons.

<sup>2</sup> J. BURRIEZA SÁNCHEZ, *Jesuitas en Indias: entre la utopía y el conflicto. Trabajos y misiones de la Compañía de Jesús en la América Moderna*, Valladolid, 2007, Universidad de Valladolid, 592 pp.

Es una historia que abarca más de dos siglos, desde la presencia, relativamente tardía, de los jesuitas en América en 1566, hasta la expulsión de 1767, que se prolonga en el exilio. La presencia jesuítica consignada en el libro alcanza también todos los espacios, desde California a Patagonia, aunque (salvo en el caso del Paraguay), el autor los recorre de manera ocasional y salteada, sin ajustarse a la relación sistemática de las distintas zonas geográficas por separado. Pero, en el momento oportuno, aparecen los nombres y empresas de todas las provincias de la Compañía en Hispanoamérica: México, Perú, Nueva Granada, Quito, Paraguay, Chile y Filipinas. La síntesis añade, a los tiempos y espacios, una relación muy completa de las actividades realizadas: trabajos pastorales, acciones misioneras, enseñanza a todos los niveles, empresas artísticas y culturales, cuestiones económicas, etc.

Aquella ingente labor transcurre entre la utopía y el conflicto, entre la gloria y la cruz, pues la misión espiritual de los jesuitas americanos mostraba las limitaciones propias de la condición humana y quedaba a menudo cuarteada por controversias y hostilidades, que culminaron en la expulsión que puso un final dramático a la gran utopía.

El autor ha organizado este inmenso material en ocho grandes capítulos, que no se ajustan a un patrón uniforme, pues cada uno tiene su estructu-

ra y originalidad. Son focos distintos, lanzados desde perspectivas distintas, que unas veces enfocan panoramas complejos, otras se centran en aspectos determinados y a veces se concentran en un detalle singular; pero todos estos focos ayudan a comprender mejor el objeto en su conjunto. Al final se ofrece un buen elenco de fuentes y bibliografía, con un índice de nombres abundantes. El temario se anima aquí y allá con el relato de pequeñas historias, costumbres, viajes, sucesos y personajes, que causarán las delicias del lector. Hagamos un rápido recorrido de los capítulos.

El libro comienza con un capítulo introductorio, a la manera de un gran marco general: *El horizonte misionero de la Compañía de Jesús*. Partiendo del modo de ser de los jesuitas, basado en sus Constituciones, se hace una apretada historia de la Compañía misionera, en los grandes ámbitos de Asia, América, África, y países difíciles de Europa, como Inglaterra, destacando las figuras señeras y algunas de las características más novedosas de la misión.

Siguen después tres capítulos de contenido fundamentalmente ideológico y cultural. El capítulo II es largo y poliédrico: *Observadores inquietos de una nueva realidad*. En él trata el autor, en nueve apartados, sobre el impacto que el Nuevo Mundo causó en los jesuitas, y sobre las reacciones e interpretaciones con que lo abordaron y entendieron. Las Indias fueron para ellos una

vocación atractiva, en la que participaron no pocos extranjeros.

Los jesuitas intervinieron en las grandes controversias teológicas y jurídicas sobre los títulos de la conquista, y se destacaron en el conocimiento de las etnias y culturas de los pueblos indígenas. Las denuncias contra la esclavitud o el servicio personal, tanto en el plano teórico (Acosta, Avendaño, Sandoval), como en la cercanía personal (Claver), son respuestas al contacto con los indígenas; mientras las relaciones con los españoles, incluidos los eclesiásticos, les enzarzaban en polémicas sobre el regalismo, los diezmos o las exenciones episcopales.

El afán de conocer les llevaba también a la descripción del medio geográfico y a una literatura de viajes, de la que se nos ofrecen noticias muy interesantes, como son las relaciones sobre los indios Moxos, el descubrimiento de las Islas Palaos en 1710, el viaje a China del jesuita francés P. Nyel, entre 1703 y 1712, doblando el Cabo de Hornos y tocando Perú, o del P. Taillandier atravesando México y recalando en Filipinas.

Las Indias fueron un aliciente intelectual para muchos jesuitas. Como muestra de ello se comentan los libros que leían (tomando como guía la biblioteca de Córdoba, estudiada por Carlos Page), se mencionan algunas imprentas, y se recuerdan los libros que escribían con la cita de los escri-

tores más destacados. Como ejemplo de la inmersión en el mundo indígena se recuerda la figura, bastante olvidada, del P. Cipriano Barraza, que «se hizo bárbaro con los bárbaros» entre los indios Moxos.

El capítulo III desarrolla un tema bien definido: *El catecismo de las muchas lenguas*. En la enseñanza de la doctrina cristiana se funden la teología, la historia y la lingüística. En este capítulo se pasa revista a este aspecto fundamental en la historia de las misiones, que exigió la colaboración de catequistas seculares desde los tiempos de Javier en la India y Japón, y más tarde en China y Vietnam. En América, los concilios de México y Lima impulsaron la redacción de catecismos en las lenguas indígenas. El P. Acosta dirigió el equipo que elaboró un texto único, que era traducido por los jesuitas «lenguas». El recorrido de los catecismos indígenas nos lleva a los que se utilizaron en las misiones de Chile, Marañón, Paraguay, Nueva Granada, California y las misiones francesas de Canadá.

El capítulo IV es, al igual que el II, una recopilación de contenidos un tanto heterogéneos, que se enganchan en un elemento unitivo de carácter cultural: *La cátedra de la misión*. Bajo el nombre de cátedra se entiende la transmisión de enseñanza y cultura, en toda clase de saberes. El punto de partida, la semilla de lo que será una labor evangelizadora y misionera, será el sistema de las doctrinas o parroquias que em-

pieza a ensayarse de manera experimental en Juli (1578) y alcanzará pleno desarrollo en las reducciones.

Viene después la inmensa obra educativa de los colegios. La educación se extendió a los indios, y en algunos sitios a las mujeres, lo que da pie al autor para hacer un *excursus* sobre Sor

---

*Fernando de Mendoza, jesuita y obispo, fue primero un jesuita inconformista y amargado, que utilizó toda clase de influencias, seculares y religiosas, para eludir la obediencia a los superiores, fue consagrado en Madrid por el arzobispo de Toledo, el antes inquieto jesuita en España fue después un buen obispo en Indias*

---

Juana Inés de la Cruz, que discutió sobre temas pedagógicos con el P. Vieira. La cátedra encuentra su lugar genuino en las universidades que los jesuitas fundan, o en las que colaboran eficazmente. El autor recuerda ocho centros universitarios, repartidos en todos los virreinos, donde los jesuitas tuvieron importancia esencial, mayor incluso que la que tenían en España (pp. 260 y 264).

Todo este montaje educativo requería una base económica de sustentación. Es acertado el resumen que se hace de los variados recursos económicos, de la diversidad de las explotaciones y la interacción de las mismas, y de la aplicación para fines culturales y apostólicos, a los que, en definitiva, se aplicaban las decantadas riquezas de los jesuitas. No se puede hablar de opulencia inútil, sino de unos recursos económicos aplicados a los altos fines que se buscaban.

La aportación de los colegios no se limitó al plano académico y cultural, pues desde ellos se realizó una «dinamización de lo espiritual» (p. 278), a través de toda clase de servicios pastorales. A manera de ejemplo, se escogen dos «trabajos de vanguardia», en las regiones fronterizas de Chile y California. El P. Luis de Valdivia fue el promotor de una política pacifista (la guerra defensiva) en las relaciones con los mapuches, que le ocasionó contratiempos y enemistades. En el norte, las misiones de California fueron el teatro de las expediciones de los padres Eugenio Kino y Juan de Salvatierra, cuyas andanzas se leen como una novela. El carácter misionero se reflejaba también en el arte de los colegios y de las misiones. La impresión de todo el capítulo es que, para los jesuitas, todos los medios honestos de promoción y elevación humana valían para conseguir el fin espiritual que daba sentido a su misión.

El capítulo V, *Paraguay, los ecos de una utopía*, se ocupa de esta misión emblemática, que no por conocida deja de suscitar interés. El autor presta atención a los cronistas antiguos (Charlevoix, Peramás, Ruiz de Montoya, Cardiel, Muratori), cuyos relatos fueron el mejor contrapeso frente a las visiones tendenciosas o calumniosas.

De especial interés son las referencias que se hacen a las consecuencias negativas de la expulsión, y a los juicios que una autoridad civil, como Pedro Ceballos, acabó emitiendo sobre muchas falsedades atribuidas a los jesuitas.

El capítulo VI es original: *Polémicas episcopales, mitras, báculos y demás doctrinas*. Como se ve, trata de las relaciones de los jesuitas con los obispos, y para ello se escogen cuatro ejemplares. Dos de ellos son de sobra conocidos por su hostilidad a la Compañía: don Bernardino de Cárdenas en Paraguay, y don Juan de Palafox en México. La paradoja del último está en que, siendo hombre con fama de santo, proporcionó en sus escritos un arsenal de argumentos a los enemigos de la Compañía, como lo demuestra el Dictamen del fiscal Campomanes. Se compende el ansia de Carlos III por conseguir la beatificación de Palafox, para el que se edificó un altar en la catedral de Osma, adelantándose a la proclamación de santidad, que no llegó a declararse. Menos comprensible es que, en la actualidad, haya sido reabierto esta causa en abril de 2005.

También hubo obispos que fueron amigos de los jesuitas. En el libro se pone el ejemplo del dominico José Peralta, gran admirador de las reducciones del Paraguay. El caso más singular, entre los cuatro mitrados, es el del P. Fernando de Mendoza, jesuita y obispo (1562-1617). La mitra marcó para él un antes y un después en su trato con la Compañía. Fue primero un jesuita inconformista y amargado, que utilizó toda clase de influencias, seculares y religiosas, para eludir la obediencia a los superiores. En el colegio de Monforte, donde había ido castigado, trabó amistad con los condes de Lemos, a los que acompañó a Nápoles, y especialmente con la duquesa doña Catalina, a la que siguió después en la corte de Valladolid. Los condes lograron que el papa Clemente VIII permitiera a Mendoza vivir fuera de las casas de la Compañía y que Paulo V le concediera un breve de exención, dispensándole de la obediencia a los superiores. Mendoza era una especie de jesuita de derecho, aunque no de hecho.

Aquella situación tan embarazosa concluyó en 1609, cuando logró la mitra que tanto deseaba, en el obispado de Cuzco. Fue consagrado en Madrid por el arzobispo de Toledo. El antes inquieto jesuita en España fue después un buen obispo en Indias. Durante los cinco años de su pontificado fue un pastor ejemplar y limosnero. Los jesuitas de Cuzco celebraron su llegada con un auto titu-

lado «El Hijo Pródigo». No consta que hubiera segundas intenciones, pero lo cierto es que, desde entonces, el obispo Mendoza mostró a los jesuitas de América el acercamiento y afecto que había regateado a los de España.

El capítulo VII, *La Clausura en México*, es una propina del autor, experto en temas de la religiosidad barroca, que nos cuenta la fundación del convento de brígidas en la ciudad de México, con monjas trasladadas desde Vitoria en 1743. El suceso es un ejemplo de la difusión de la espiritualidad jesuítica, pues las brígidas fueron fundadas en Valladolid por Marina de Escobar, discípula espiritual del P. La Puente. El relato del viaje de las monjas contiene rasgos muy expresivos de una sociedad muy sacralizada, que recibía a las religiosas como si fueran ángeles.

El último capítulo es un colofón obligado: *Los caminos del exilio*. En todos los capítulos se escoge una frase que sirve de portada. En este caso, la frase procede del virrey de México, Francisco de Croix: «Todo el mundo los llora todavía, y no hay que asombrarse de ello: eran dueños absolutos de los corazones y de las conciencias en todos los habitantes de este vasto reino» (p. 509). El relato de las expulsiones en las casas y misiones de cada provincia, de los penosos viajes y de

las complicaciones burocráticas confirman la tragedia humana de los últimos jesuitas, cuya ausencia se dejó sentir, entre miedos y temores, a pesar de la malquerencia que les mostraban casi todos los obispos, plegados, por lo común, a los criterios del rey.

El autor resume las consecuencias, nada positivas, de la expulsión. Los antiguos jesuitas pasaron al «imaginario» de los pueblos que se sintieron defraudados con aquella medida. Es significativo que los diputados americanos de las Cortes de Cádiz pidieran en 1812 el restablecimiento de la Compañía en Ultramar. Los exiliados, entre tanto, no se callaron. Algunos escribieron obras meritorias, otros, como Godoy y Viscardo, actuaron como precursores de la independencia. Uno de los exiliados, el arqueólogo Pedro José Márquez, volvió a México en 1816, en la Compañía recientemente restaurada. Fue un punto y aparte de una historia apasionada.

El autor nos ha proporcionado una información muy rica. Es una buena guía para conocer los itinerarios de una historia colectiva de gran significado espiritual y cultural. Historia difícil, en la que confluyen fuertes individualidades y variadas estrategias. El doctor Burrieza nos ha hecho más fácil y agradable esa historia, y debemos agradecerérselo. ■